

## El debate epistolar entre Schütz y Parsons

*Adolfo Mir Araujo*

LA CORRESPONDENCIA SCHÜTZ-PARSONS, que se conoce gracias a que fue publicada por Richard Grathoff en 1978, se inicia el 30 de octubre de 1940 y termina el 21 de abril de 1941. Consta apenas de diez cartas. De ellas, sólo en dos de Schütz y cuatro de Parsons se discuten cuestiones sustantivas. Las otras cuatro son acuses de recibo o avisos de futuros envíos. Parsons la inicia con algunas líneas para inquirir acerca de un manuscrito; la termina Schütz con una vaga referencia a inesperadas tareas en una breve misiva.

El 15 de noviembre de 1940 Schütz responde a Parsons con un extenso manuscrito que contiene sus comentarios a *La estructura de la acción social*, publicada tres años antes. El trabajo, según explica, le fue pedido por el editor de *Económica* y debía tener una extensión máxima de 4 000 palabras. La importancia de la obra reseñada le impidió respetar ese límite y prefirió extenderse hasta llegar a lo que califica de “monstruoso artículo de alrededor de 20 000 palabras”. No le preocupa perder la oportunidad de publicarlo. Su interés es que Parsons lo lea y pueda reunirse con él un fin de semana para discutir personalmente sus mutuas ideas acerca de la acción social.

El manuscrito consta de tres partes: 1) una presentación sumaria de la teoría voluntarista de la acción, 2) un análisis crítico de esta teoría, 3) una presentación de la propia elaboración de Schütz sobre el “punto de vista subjetivo” en la ciencia social.

Pese a su extensión, empieza con un elogio de la importancia de *La estructura*, y se ocupa casi exclusivamente del capítulo II. Respecto a la interpretación que hace Parsons de Durkheim, Weber, Pareto y Marshall, sólo afirma que es una de las más valiosas jamás publicadas y “evidentemente” la mejor en lengua inglesa. El resumen de la teoría de la acción de Parsons es breve, preciso, completo, y evidencia una lectura atenta y cuidadosa.

Schütz inicia el análisis crítico lamentando que Parsons haya renunciado a examinar “los fundamentos lógicos y filosóficos en los que debe basar-

se una correcta metodología de las ciencias sociales” (p. 22). Añade, sin embargo, que comparte la actitud básica y la mayor parte de los resultados de Parsons. Concentra su atención en siete temas que requieren ser examinados “no con ánimo polémico, sino de ampliar y profundizar la discusión de algunos de los problemas más cruciales de las ciencias sociales” (p. 23).

Estos temas tratan acerca de la falta de precisión en el uso del término “punto de vista subjetivo” en Parsons, la que, asegura, constituye la pieza más abierta a la crítica de su teoría. De esta imprecisión resulta la confusión de los grados de concreción y abstracción con los niveles a los que se conduce una investigación; la innecesaria introducción de elementos normativos; la identificación del elemento racional de la acción con el conocimiento y la lógica científicos; la ausencia de una teoría de la motivación. Parsons, concluye Schütz, “intuyó correctamente que la teoría de la acción carece de sentido sin la aplicación del punto de vista subjetivo [...] la única pregunta que nunca se hizo es qué sucede realmente en la mente del actor desde su ‘punto de vista subjetivo’” (p. 36).

Enfoca su crítica en la pieza fundamental de Parsons: el acto-unidad. Parsons utiliza términos subjetivos pero acepta al mismo tiempo que el observador es quien da lugar a los límites del acto-unidad. Los términos subjetivos sufren así un cambio de significado y lo que Parsons analiza son categorías objetivas para describir científicamente los puntos de vista subjetivos del autor. Es decir, mezcla los marcos de referencia objetivo y subjetivo y reemplaza la realidad por un mundo de ficción. ¿Cómo puede corregirse la teoría de la acción de Parsons? Aceptando éste la referencia al mundo social y la experiencia de la vida cotidiana, a partir de lo cual podrá construir conceptos en los que coincidan los puntos de vista subjetivo y objetivo del acto-unidad.

Parsons responde en tres cartas sucesivas del 15 y el 22 de enero y el 2 de febrero de 1941. En la primera anuncia que requerirá un mayor espacio para completar la discusión del que califica “extenso y difícil” comentario acerca de su libro. ¿Habrás comprendido claramente que es una crítica totalizadora que cuestiona desde sus mismos fundamentos al esquema conceptual de su teoría de la acción? La base del proyecto teórico que se ha propuesto y apenas empieza a construir.

Comienza por definir los comentarios de Schütz de un modo distinto a como éste los propone. No se trata de cuestiones de importancia común de cuya comprensión Schütz tiene ciertas dudas que desea Parsons le esclarezca antes de dar a conocer públicamente su posición. Schütz especifica con exactitud en qué consisten desde su perspectiva las deficiencias de su esquema; no sólo eso, le ofrece también la base para que lleve a cabo su corrección y reelaboración. “No siento que su ensayo—escribe—constituya la clase de

criticismo válido cuya sola adecuada respuesta sea una completa reconstrucción del trabajo de que se ocupa” (p. 63). Tres razones da para desestimar la crítica: la primera se refiere a una seria incomprensión de sus argumentos; aquí se ocupa de los cargos más puntuales de Schütz: la relación entre el nivel abstracto y el concreto; que en su esquema cuando el actor actúa racionalmente se orienta exclusivamente por la verificabilidad científica de su conocimiento, etc. Las expresiones que emplea son severas: “Error crítico de su parte no tomarlo en cuenta”, “Una definitiva falta de comprensión”, etc. La segunda es que tal parece que sus campos de interés son tan diferentes que es imposible llegar a un punto de encuentro entre sus mentes. Así se explica que Schütz entienda que *La estructura* es primariamente un estudio de la epistemología y metodología de las ciencias sociales, cuando su intención es la construcción de un sistema generalizado de teoría científica. La tercera es que Schütz parece más interesado en ciertos problemas filosóficos por sí mismos, que Parsons, asegura, decidió con plena conciencia y justificación no tratar en su libro. Tal sucede con el problema de lo que son, en un sentido ontológico, los procesos subjetivos de la acción, y de ocuparse en un sentido filosófico de los valores últimos.

Un crítico —termina Parsons— tiene derecho a hacer una de dos cosas: cuestionar el esquema científico sobre la base de que para tener validez requiere un estatus ontológico, o mostrar en detalle que la falta de consideración de ciertas cuestiones filosóficas específicas altera el tratamiento de cuestiones teóricas también específicas. Visto así, considera, el ensayo es definitivamente insatisfactorio. No ataca su posición general pero hace afirmaciones que parecen implicar que es insostenible. Alega que la posición metodológica es insatisfactoria pero no hay una sola referencia a cómo afectaría una posición diferente la estructura lógica y el uso empírico de la teoría.

Parsons completa su respuesta en las dos siguientes cartas. El supuesto cambio de significado del término “punto de vista” cuando se pasa del análisis de la unidad al de los elementos es una errónea interpretación. Es una falsa imputación atribuirle que entienda que una acción es racional cuando está exclusivamente determinada por el conocimiento científico. Manifiesta sus dudas de que pueda descubrirse una lógica del sentido común diferente de la de la ciencia. “Mi insistencia —afirma— de la continuidad de las categorías básicas de la lógica y la observación en la más sofisticada ciencia, por un lado, y en la más simple acción de sentido común, por la otra, es fundamental para la totalidad de mi posición” (p. 76). Rechaza la acusación de que no considera a los motivos en su teoría. Éste, afirma, fue un tema central de su libro. El término está implicado en el marco conceptual en un sentido análogo a las fuerzas en la mecánica.

Parsons dedica el mayor espacio a la comparación entre los puntos de vista objetivo y subjetivo. Por fin, dice, he podido aclarar nuestras diferencias: “pienso que a lo que usted se refiere es a una realidad ontológica, lo que un actor concreto real “realmente experimenta” (p. 88). Agrega que es escéptico respecto a que alguien pueda acercarse a una descripción definitiva de esa realidad. La antítesis entre los puntos de vista subjetivo y objetivo es irreal. Los fenómenos subjetivos sólo tienen significado en tanto descritos y analizados por un observador. Lo subjetivo no es más que la organización de los hechos relevantes en torno a un punto de referencia, tan característico de nuestro campo —agrega— como el “origen” cartesiano lo es de la mecánica clásica. Así, en la teoría de la acción cualquier afirmación de hechos debe referirse a actores que son unidades que tienen ciertas propiedades que son la materia de categorías subjetivas específicas del sistema. Los hechos empíricos analizados en términos del sistema de categorías son siempre observados y establecidos por el observador. El “estado mental” del actor no es más o menos realidad ontológica que la partícula de la física clásica. No hay entonces razón para aceptar que el conocimiento adquirido por autorreflexión esté más cerca de una realidad ontológica que el adquirido por la observación de otros. El esquema conceptual básico en ambos casos es fundamentalmente el mismo.

Schütz responde en tono conciliatorio. Lamenta que Parsons haya malinterpretado el espíritu de su manuscrito, que nunca fue formular una crítica. Le recuerda que si es un recién llegado al país no lo es al campo científico de la teoría de la acción. Que en su libro, que aunque publicado en 1932 no mereció la atención de Parsons, desarrolló una teoría sistemática de la acción social. Asegura que de haberlo leído cuidadosamente no le habría formulado ciertas objeciones. “Los principios de este libro —le dice— que es el resultado de doce años de concienzuda investigación están integrados en un sistema teórico de la acción social que parte de un punto de vista distinto del suyo, aunque comparte su intención de desarrollar un esquema teórico para uso empírico” (p. 96). Más adelante complementa: “Comprendí inmediatamente la importancia y valor de su sistema, así como el hecho de que empieza donde mi propio libro termina” (p. 97).

Declara que sólo ha querido provocar su reacción y verificar si sus apreciaciones eran o no correctas respecto de ciertos puntos. Su manuscrito —le dice— fue una forma de “cuestionario”: la primera versión de una presentación que sometió primero al autor en busca de esclarecimiento. Se condele de que Parsons le trate como si lo hubiese publicado antes de consultarle. Sus interpretaciones “equivocadas” las atribuye al difícil lenguaje del libro aun para angloparlantes. La impresión de Parsons de que se ocupan de problemas distintos a un malentendido acerca del término “metodología”, a su

insistencia en ocuparse de temas filosóficos, a la necesidad de que todo juicio formulado en la teoría social sea consistente y explicable por un cuerpo de conocimiento filosófico bien establecido, al argumento de que la suya no es una crítica válida, y que Parsons tendría razón si la suya fuese una crítica; como no lo es, sino la discusión de problemas básicos desde otro punto de vista, pide una reunión un fin de semana para poder abordarlos con amplitud.

Hechas las aclaraciones, Schütz ejerce el derecho de presentar sugerencias de buena fe. El análisis de Parsons da por sentados muchos fenómenos que requieren mayor examen. Su teoría no trata las categorías específicas de acción e interacción mutuas. Ha desatendido la importancia del tiempo en toda acción humana. No analiza la diferencia entre el significado lógico del acto ya realizado y el proyectado. No explica la actitud específica que debe tener el científico social ante el mundo social.

¿Qué se requiere para clarificar estas cuestiones? Un análisis radical de la intersubjetividad. Su análisis —le dice— no ha sido lo bastante radical. “Puede objetar que no está interesado en estos problemas pero yo sí lo he estado. Lo que hace falta es radicalizar su teoría para hacerla aplicable a problemas ahora fuera de su alcance y formular con mayor consistencia sus ideas básicas.”

La respuesta de Parsons es cortante. Acepta como correcta la apreciación de que no está tan interesado en los problemas de Schütz como éste en los suyos. Reconoce no haber dedicado a su libro el estudio cuidadoso que Schütz dio al suyo. Agrega que, sin embargo, no lo desconoce y lo consideró interesante, pero no de importancia primaria para los temas que trató en *La estructura*. Con rudeza admite que no le despertó el interés de los trabajos de Weber y Durkheim. Termina la carta con lo que es casi un ultimátum: proporcionar evidencia definitiva de la pertinencia del análisis de Schütz para problemas empíricos específicos sería el mejor puente que podría construirse entre ellos.

Schütz pierde las esperanzas. En la última carta lamenta que vivan en lugares alejados. Promete que tratará de enviar unas nuevas notas pero que tendrá que esperar a que atienda otros asuntos que le tienen ocupado. Nunca las envió y Parsons nunca se preocupó de recordárselas.

Es difícil encontrar un ejemplo de intercambio de ideas tan infructuoso entre dos pensadores de tal importancia. Como pronto lo sugirió Parsons, es posible que nunca encontraran el terreno común que enriqueciera la confrontación de sus respectivas posiciones. Tal vez Schütz fuera ante todo un filósofo, atento más que nada a la fundamentación del estudio científico de la sociedad, y Parsons un teórico de las ciencias sociales cuyos cimientos en la filosofía no intentaba hacer tema de particular investigación.

Es cierto, sin embargo, que discuten varias cuestiones fundamentales —ya sea filosóficas o sociológicas— sin que ninguno muestre en el debate la menor disposición a encontrar ese terreno común. Tal vez se trate de un ejemplo de lo que Kuhn denominó inconmensurabilidad entre paradigmas. Si Parsons no cree que deba profundizar en su obra la consideración de los supuestos epistemológicos y metodológicos de su teoría, no es porque carezca de claridad acerca de ellos, como lo muestra en su respuesta a Schütz. La visión que estos supuestos generan en la relación entre el científico social y su objeto de observación, el conocimiento científico y el del mundo de la vida cotidiana, discrepa abiertamente de la de Schütz.

Pero esto no parece ser todo. Lo que más llama la atención en este diálogo epistolar es que ninguna de las partes demuestra un interés auténtico por conocer mejor las ideas de la otra, así sea para fortalecer las posiciones propias. En efecto, ni siquiera en Schütz, que inicia el debate, se evidencia en realidad la intención de lograr un mayor entendimiento del proyecto teórico de Parsons.

Tal vez la explicación de esto podamos encontrarla en las posiciones que ambos ocupan en el ámbito de la ciencia social estadounidense. Schütz lleva poco tiempo en Estados Unidos y seguramente ha podido ya apreciar las dificultades para atraer la atención de los científicos sociales hacia la fenomenología. Grathoff nos relata cómo años después del debate, cuando empieza Schütz a enseñar en la New School for Social Research, su presidente, Alvin Johnson, le da un amistoso consejo: “No trate de enseñar fenomenología a nuestros estudiantes; ellos no la aceptarán” (p. XIII). Parsons, por el contrario, ya empieza a elevarse a la cima de la ciencia social estadounidense. Como Schütz unos pocos años antes, Parsons publica un libro en el que hace de la acción la base de su construcción teórica de lo social. Es cierto que Parsons ha ignorado totalmente la obra de Schütz, pero ¿no alentará éste la esperanza de que si se entera suficientemente de ella reconozca las debilidades de su teoría y la reconstruya sobre una fundamentación fenomenológica? Publicar una reseña crítica de poco serviría; sólo añadiría uno más a los numerosos comentarios que había suscitado *La estructura* y probablemente no sería comprendida por un público poco o nada enterado de su obra. Lo que sería peor, despertaría en Parsons una actitud defensiva. Nada ganaría pretendiendo colocar a la comunidad de las ciencias sociales en la disyuntiva de aceptar su teoría o la de Parsons.

¿No será, entonces, que aprovecha una coyuntura para ejercer a través de Parsons su influencia en la ciencia social estadounidense? Para ello necesita persuadirlo de que puede ayudarlo a reconstruir su teoría, e incluso ser su colaborador en el proyecto teórico que se ha fijado. ¿No se explicará así el

extraño tono de sus cartas? El reconocimiento al que llama valiosísimo trabajo de Parsons y la crítica implacable a los fundamentos de su postura; su insistencia en comprender mejor las ideas de Parsons y la escasa aceptación que le merece su esquema conceptual; sus esfuerzos por convencerlo de que no es un crítico y que tiene ideas valiosas que aportarle a la vez que sacude su teoría; su desesperado ruego de que no malinterprete sus intenciones y le permita pasar del diálogo epistolar a otro frente a frente; suspender abruptamente la comunicación que había abierto con tantos esfuerzos al percibirse de que Parsons resistiera a todos sus empeños de convencimiento; mantener hasta el final en un espacio estrictamente privado su debate.

Ubicado en el centro mismo de la ciencia social estadounidense, encaminado a una posición de indisputado liderazgo individual, Parsons sólo ve en Schütz a un impertinente crítico que le exige una revisión radical de su proyecto. Él no tiene interés en convencerle de la solidez de su posición y ganarle para su campo. No hay una sola expresión en las cartas de Parsons que sugiera una búsqueda de acercamiento o una invitación a que Schütz revise su punto de vista. Simplemente le tienen sin cuidado las ideas de Schütz y así se lo hace saber. Su respuesta al manuscrito es precisa y cuidadosa porque ha sentido atacadas sus ideas. Cuando Schütz insiste en mantener la correspondencia, su reacción es de fastidio.